

OBSERVACIONES SOBRE LA CRISIS ECONÓMICA*

Observations on the Economic Crisis

FRIEDRICH POLLOCK

Las desconcertantes y amenazadoras manifestaciones económicas y sociales de la crisis, los esfuerzos inusuales y hasta ahora frustrados para lograr su superación, obligan a reflexionar sobre el significado de estos procesos. Se ofrecen numerosas explicaciones contradictorias entre sí, pero precisamente las teorías que se presentan con las pretensiones de mayor autoridad son refutadas por el fracaso de los intentos de extraer consecuencias prácticas de las mismas.

Este artículo reproduce ideas que han surgido en debates científicos, en el estudio de los hechos y de una parte de la literatura teórica, ya inabarcable para los especialistas, que podrían ser adecuadas para insertar algunos de los fenómenos enigmáticos en un orden inteligible.¹ Este trabajo se orienta a la explicación de la estructura fundamental de esta crisis a partir del conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción, que se manifiesta en la contradicción entre las posibilidades tecno-económicas ilimitadas y el limitado objetivo de valorización del capital, cada vez más difícil de realizar. Además, la comprensión de la necesidad de un equilibrio económico estrictamente determinado y de la contingencia e inestabilidad de su realización, sirven de hilo conductor en el laberinto de los hechos y las opiniones.

Teniendo en cuenta la conexión cada vez más estrecha entre los datos económicos y los sociales descartamos una limitación a los hechos puramente económicos; esa conexión exige ir más allá de las fronteras de la especialidad, si no quiere uno darse por satisfecho con afirmaciones muy abstractas y ajenas a la vida. Asimismo, se intentará ofrecer un pronóstico del futuro económico y social. La necesidad urgente de saber a dónde conduce el viaje convierte el carácter meramente hipotético de tales previsiones en un mal menor frente a un *ignoramus* resignado.

Para empezar, nos esforzaremos en clarificar en qué medida esta crisis es en esencia igual a sus predecesoras y qué factores condicionan sus diferencias. A partir

* Publicado en *Zeitschrift für Sozialforschung*, vol. 2, 1933, 321-353. N. D. T.

¹ Agradezco a Gerhard Meyer y Rudolf Katz por sus estímulos y por la recopilación de una parte de los abundantes materiales que están en la base de este trabajo. F. P.

de estas reflexiones es posible extraer conclusiones sobre las perspectivas de su superación. De cara a emitir un juicio sobre el futuro más lejano del capitalismo será necesaria, así mismo, una reflexión sobre los medios que parecen superar las tensiones existentes en el interior del sistema sin suprimir sus fundamentos.

I

En los años de la *prosperity* americana, a quien opinara que este movimiento ascendente finalizaría algún día, se le explicaba que seguía apegado dogmáticamente a una anticuada teoría de la crisis. Las crisis no serían en ningún caso propias del capitalismo, había que explicar los colapsos coyunturales anteriores remitiéndose a una acumulación de desgracias ajenas al sistema. Todavía hoy a menudo se sostiene la opinión de que tanto la catástrofe económica americana como la crisis mundial fueron causadas por factores “exógenos”. De hecho, en cada crisis y en cada ciclo de crecimiento concurren tantos factores singulares que en cada caso particular se puede ofrecer una explicación a partir de factores “contingentes” de distorsión o de alivio (J. Schumpeter en Clausen, 1933: 263). Sin embargo, este tipo de explicaciones son insatisfactorias porque no pueden interpretar la regularidad típica que los análisis coyunturales han constatado una y otra vez a pesar de una creciente diferenciación. Consideramos demostrado que el ciclo económico tiene una causa “endógena” y que la crisis provoca, en lo esencial, el restablecimiento violento (en cualquier caso, solo provisional) del equilibrio necesariamente perturbado en el anterior ciclo de crecimiento.

Si, teniendo en cuenta las exposiciones exhaustivas publicadas por la Sociedad de Naciones y por el Instituto de Investigación Económica alemán en los últimos años (Ohlin, 1931; Condliffe, 1933; Institut für Konjunkturforschung; Wagemann, 1931), consideramos imparcialmente y sin prejuicios los fenómenos de la crisis y los comparamos con los esquemas económicos típicos (p.j., Mitchell 1927 o Spiethoff, 1925), deben llamar la atención las coincidencias externas de muchos de sus rasgos fundamentales. También en esta ocasión un motivo externo, el crac bursátil de Nueva York (en 1873 hubo un crac análogo en Viena), conduce a la finalización de la actividad inversora anterior.

Este colapso, que no es explicable a partir del motivo inmediato, sino solo a partir de la previa labilidad existente del conjunto de la economía, desencadena el mecanismo típico de la crisis: limitación de la producción, despidos de trabajadores,

“estancamiento de ventas”, caída de precios, contracción del sistema de crédito, suspensión de pagos, crisis de confianza, bancarrotas. El proceso de “purificación”, es decir, la eliminación de las “desproporcionalidades” a través de la destrucción física o de valor de una parte de los medios de producción y de los productos, está en curso. Con ello surge paulatinamente un nuevo equilibrio, que se manifiesta en un desplazamiento de la relación entre costes y precios en dirección a una nueva rentabilidad y, junto a la acumulación de capital líquido, constituye una condición para la recuperación. Las “fuerzas naturales” de la crisis tampoco se detenían en el pasado ante las empresas “sanas”. Lo que hoy se llama “autodeflación”, que constituye un objeto prioritario del debate sobre la teoría de la crisis, también se puede observar en las crisis anteriores (si bien no con la gravedad de la actual): el “proceso de purificación” causa fuertes caídas de los precios, que provocan bancarrotas y con ello ventas forzosas y nuevas quiebras, de modo que se cae de nuevo en un círculo vicioso. En muchos casos, el capital líquido no se invierte de nuevo, ya que de todos modos el aparato productivo existente y los stocks parecen demasiado grandes. Muchos precios caen bajo el nivel en que son rentables incluso para las empresas más sólidamente racionalizadas, muchas empresas, que no son ni inestables ni superfluas, se ven amenazadas por el mecanismo extremadamente brutal de la crisis.

En numerosas ocasiones se ha llamado la atención sobre el hecho de que las interpretaciones contemporáneas de crisis anteriores se leen como variantes de determinadas fases de la crisis actual; en algunos detalles la coincidencia alcanza hasta los elementos más ínfimos (cf. p.ej. Wirth, 1883; Wagemann, 1931; Lescure, 1932; Ohlin, 1931: 308ss.).² Con todo, esto solo pone de manifiesto que la situación actual muestra grandes similitudes con las anteriores. Estas semejanzas justifican la suposición de causas de carácter sistémico y conocidas a partir de las crisis del siglo pasado.

Ahora bien, también es obvio que la crisis económica desatada desde finales de 1929 en EEUU y que ha alcanzado paulatinamente casi todos los países³, por lo que respecta a la gravedad, la duración y la extensión tanto geográfica como sectorial, supera ampliamente a todas sus predecesoras. La crisis que más se asemeja a esta es en muchos sentidos la que se inició en 1873, que no fue superada hasta 1879, e incluso, según algunos autores, solo hacia finales de los años ochenta o

² Dos artículos recientes en *Weltwirtschaftliches Archiv* de octubre de 1933 resultan instructivos sobre la crisis de 1857 en razón de un material parcialmente no publicado hasta entonces [probablemente se refiere a Rosenberg, 1933 y Wätjen 1933, N.d.T.].

³ Las únicas excepciones son la Unión Soviética, Japón y Palestina.

más tarde. Afectó a todos los países europeos y a la mayoría de ramas de la economía. Los precios de determinadas mercancías experimentaron fuertes caídas, sobre todo el del hierro, que, en su momento más elevado, en 1873, registró 116 chelines y 11 peniques, y en 1879 había caído a 47 chelines. Pero aquí se trata de un caso particular, que se caracteriza por la confluencia entre un estancamiento de las ventas y una reducción extraordinaria de los costes de producción. El precio del hierro influye lógicamente de manera intensa en el índice de precios de las materias primas destinadas a la industria, que en Alemania en 1873 ascendía a 123,8 chelines y en 1878 había bajado a 69,7 (1913 = 100)⁴. Otras cifras quedan muy por detrás de las actuales. Así, las exportaciones inglesas de 1873-79 cayeron en términos de valor un 25% frente a un retroceso de aproximadamente un 40% en 1929/32 en el caso de Reino Unido y en torno al 60% en la misma fecha para EEUU. La cifra de desempleados entre los miembros de la *Trade Union*^{*} alcanza su máximo en 1879 con 11,4%, mientras que la *American Federation of Labor*^{**} en diciembre de 1932 cuenta entre sus miembros con un 35% de desempleados y un 20% de trabajadores temporales. Aunque los salarios bajaron en sectores particulares de la industria, en Inglaterra solo cayeron de 108 en 1873 a 102 en 1879, para mantenerse bastante constantes hasta 1887 (base 1867-77 = 100) (cf. Cole, 1932: 99), mientras que el índice de los salarios industriales norteamericanos y alemanes muestra una caída del 20% entre 1930 y finales de 1933; debido a los insuficientes métodos de cálculo solo se puede captar parcialmente la caída efectiva de los salarios nominales.⁵ La gravedad de la crisis actual precisa por ello una clarificación espe-

⁴ Wagemann, 1931: 236. Ahí se encuentran indicaciones numéricas adicionales, como también en Wirth, 1883; Lescure, 1932; Ohlin, 1931.

^{*} Denominación en lengua inglesa para los sindicatos obreros [N.d.T.].

^{**} Una de las primeras federaciones de sindicatos en los Estados Unidos de América [N.d.T.].

⁵ Condliffe, 1933: 112. Al examinar los salarios reales, este informe llega a la conclusión errónea, que afecta solo a un pequeño grupo y que también es inconsistente con la insuficiencia de los índices de nivel de vida, "que no cabe duda de que la mayoría de los asalariados que trabajan de forma permanente con tarifas estándar están, si no se tiene en cuenta la pérdida de ingresos adicionales por las horas extraordinarias, mucho mejor que en 1929". Como síntoma de la crisis es especialmente importante la evolución del poder adquisitivo de todos los asalariados, y el informe indica que al respecto nos encontramos ante un enorme retroceso. Para la industria manufacturera de los EEUU se citan las siguientes cifras en una publicación del *Internationales Arbeitsamt* (1933: 45):

	1929	1932 (octubre)
Suma total de los salarios.....	100,5	39,9
Índice del coste de la vida.....	100	78,1
Poder adquisitivo.....	100,5	52,4

Esto significa, por tanto, una caída de la suma total de los salarios de más de un 60% y del poder adquisitivo de casi un 50%.

cial. La “teoría de las ondas largas” ha intentado ofrecerla. Según esta teoría, los ciclos económicos de ocho a diez años se moverían en un sistema “secular” más amplio de fuerzas ascendentes o descendentes, y cuando el colapso del ciclo económico se encuentra con una depresión en el sistema de ondas largas, entonces se produce una crisis especialmente grave. En los años setenta del siglo pasado y en el presente, se habría producido una coincidencia de este tipo. Las pruebas ofrecidas para justificar esta teoría, aportadas con gran esfuerzo, se fundamentan en improcedentes generalizaciones de hechos aislados.⁶ Hay que buscar entonces una explicación mejor del carácter extraordinario de la crisis.

II

La convicción de que el ciclo económico tiene causas “endógenas” no excluye que factores “exógenos” puedan modificarlo de manera notable. Si bien se rechaza los focos “externos” de perturbación como única explicación de la crisis, eso no obsta para que puedan considerarse el fundamento de sus particularidades. Dos de esos factores “contingentes” desempeñan de modo manifiesto un papel de agudización de la crisis: la Guerra Mundial, con todas sus consecuencias económicas y políticas, y la revolución de la tecnología agrícola.

Las perturbaciones causadas por la Guerra Mundial han sido descritas con tanta profundidad, que aquí bastará una enumeración sumaria de las más importantes.⁷ La contienda elevó extraordinariamente la fuerza productiva de todo el mundo y al mismo tiempo dificultó enormemente el establecimiento de un nuevo equilibrio, debido a la destrucción de la división internacional del trabajo (industrialización de nuevos países, demarcación de nuevas fronteras políticas, etc.) y al desajuste de las relaciones internacionales de crédito (como consecuencia de las deudas de la guerra y las reparaciones). Esto se hizo notar por primera vez con toda intensidad una vez que se había cubierto la necesidad acumulada de renovación de maquinaria y mercancías durante la posguerra⁸, y más tarde, en la irrupción de la crisis en Europa en 1931, cuando ya no hubo más préstamos privados disponibles para financiar los pagos políticos. Las graves conmociones resultantes crearon una atmós-

⁶ Las explicaciones de Wagemann de este problema en su, por lo demás, excelente obra, aquí ampliamente citada, tienen un carácter verdaderamente metafísico. Lo mismo cabe decir del papel atribuido a la teoría de las ondas largas en el provechoso libro de J. Dobretsberger (1932).

⁷ Para más detalles, cf. los capítulos correspondientes Salter, 1932; B. Ohlin, 1931; Hansen, 1932.

⁸ En la grave crisis de 1921, que la inflación ocultó en el continente europeo.

fera de gran inseguridad política y económica que tuvo un efecto devastador sobre el mecanismo de crédito nacional e internacional, ya perturbado de todos modos por las consecuencias de la guerra. Al tomar cada país medidas en beneficio de sus propios intereses monetarios y comerciales, se perjudica los intereses de la mayoría, de manera que surge finalmente un caos terrible y tensiones políticas peligrosas. El colapso económico “normal” sucede bajo condiciones excepcionales, entre las que están ausentes en buena medida los factores de elasticidad anteriormente existentes. En esta labilidad extrema de todas las relaciones económicas y políticas, deja de reinvertirse el capital que se ha vuelto disponible en el proceso de la crisis y se refugia en inversiones a corto plazo o se acumula en reservas de oro por completo anacrónicas.⁹ Surge entonces la situación grotesca de que grandes países apenas saben defenderse contra las consecuencias catastróficas que producen en el conjunto de su vida económica las retiradas del capital en búsqueda errática de inversiones a corto plazo. Sucede entonces que el mecanismo “normal” del mercado y de la crisis no funciona correctamente en ninguna parte, pues en todas parece haberse infringido las condiciones para un desarrollo normal en razón de las consecuencias directas e indirectas de la guerra. El Estado debe intervenir en muchos ámbitos para evitar lo peor, se llega así a un intervencionismo sin planificación que aumenta la inseguridad general y tiene el efecto de un factor “político” perturbador.

A esta imagen, esbozada en trazos gruesos, hay que sumar las devastaciones ocasionadas por el segundo gran foco “contingente” de la crisis, en apariencia independiente del primero, la crisis agrícola. Provocada directamente por la revolución de la técnica agrícola en ultramar, interviene de las más variadas formas en el desarrollo económico de todos los países. Una sobreproducción hasta ahora desconocida —que solo puede encontrar salida parcialmente a precios ruinosos después del colapso de los intentos de valorización— amenaza la existencia económica de la población del campo; el sistema agrario de créditos es sacudido del modo más duro, las relaciones de comercio exterior de los Estados con deudas en el sector agrario y su balanza de pagos sufren un deterioro catastrófico. Para los verdaderos beneficiarios, los consumidores de bienes agrícolas, las ventajas del abaratamiento inicial

⁹ El informe de la Sociedad de Naciones de 1932/1933 estima estas reservas privadas en 1,3 millones de dólares en oro (Condliffe, 1933: 326).

son compensadas generalmente por otras desventajas, especialmente por los reajustes que necesariamente generan pérdidas.¹⁰

En un examen de estos dos focos “contingentes” de perturbación, agravantes de la crisis, se impone pronto la pregunta de si, de hecho, hay que considerarlos “contingentes” y “únicos”. De entrada, está claro que en ningún caso se trata de factores de perturbación dispares, ya que la revolución de la técnica agrícola representa evidentemente solo un caso particular de las consecuencias de la Guerra Mundial. Los altos precios de guerra de los cereales y los salarios de los trabajadores del campo crearon la base económica de la revolución de la técnica agrícola; y el desarrollo de la construcción de motores, su base técnica. En este punto surgen de inmediato nuevas preguntas: ¿no se habían iniciado la tecnificación de la agricultura así como otros muchos procesos, que se acostumbra a describir como consecuencias de la crisis (por ejemplo, la industrialización de los países no europeos), mucho antes de la guerra?¹¹ ¿Y es la propia guerra realmente solo un factor político “extraño al sistema”?¹² Cabe argüir que los factores llamados políticos se desarrollan a partir de las condiciones económicas y sociales del capitalismo y que aparecen todavía con más frecuencia como fuerzas en apariencia independientes a medida que el sistema capitalista se vuelve menos elástico y crecen sus tensiones internas. Se puede suponer que la velocidad de desarrollo, el momento de su aparición y la forma específica de la confluencia de los factores agravantes de la crisis, así como determinados errores de la política y de la política económica podrían ser considerados en cierto sentido como únicos y contingentes. Pero es incorrecto caracterizarlos por ello como “extraños al sistema”, pues de las tensiones internas del sistema capitalista deben surgir siempre necesariamente nuevos focos de perturbación cuasi-contingentes de todo tipo.

La Guerra Mundial y los tratados de paz produjeron numerosos factores perturbadores “únicos” de ese tipo, a partir de los cuales es posible explicar la profundidad de la crisis y la enorme dificultad para superarla. Además, estos factores han generado y acelerado transformaciones continuas en la estructura del sistema capi-

¹⁰ Para más detalles, cf. el memorándum arriba citado de Ohlin, así como el notable estudio del mismo autor en *Weltwirtschaftliches Archiv* (1932).

¹¹ Cf. sobre esto la obra elaborada y organizada por el Institut für Weltwirtschaft y Seeverkehr de la Universidad de Kiel (1932).

¹² Es muy poco conocido el hecho de que la guerra mundial comenzara inmediatamente antes de la irrupción de una crisis económica probablemente gravísima.

talista que ponen permanentemente en cuestión el funcionamiento “normal” del mecanismo de mercado y de la crisis.

III

“En todo el espectro de esfuerzos y necesidades humanas, la demanda y la oferta encontraron sus ajustes sin que nadie estimara la una ni planificara la otra. El productor individual se abría paso a tientas hacia un mercado nuevo o en expansión... Su guía no era una estimación de la demanda y la producción mundiales, sino el índice móvil de los precios cambiantes. Si él y sus competidores producían más de lo que el consumidor compraría dentro de cualquier mercado al que pudieran llegar, los precios bajarían; los productores menos eficientes y con una posición menos ventajosa perderían y serían expulsados; la oferta, por tanto, caería con el tiempo por debajo de la demanda; los precios subirían; y un poco más tarde la perspectiva de mayores beneficios atraería de nuevo más capital y empresas a la producción. Así, la oferta y la demanda girarían en torno a un punto de equilibrio central, aunque móvil, unidas a él por un vínculo elástico pero limitado. Aquellos que planificaban las empresas en todas las esferas no veían, sino que más bien sentían el camino hacia su mercado... No era necesario ni posible ampliar el alcance de la visión. La producción y la distribución se ajustaban mediante un proceso automático, elástico y sensible a la acción” (Salter, 1932: 10s.).

Esta loa del sistema económico liberal figura en un obituario escrito por uno de los más relevantes economistas ingleses. Si hacemos abstracción del hecho de que en los discursos fúnebres generalmente se exageran los méritos del difunto y se es consciente de que las palabras de Salter dan mucha más importancia a cómo estaba pensado el funcionamiento que a las “perdidas por fricción” que costó, entonces estas palabras permiten una mirada certera a una parte de las condiciones externas para el adecuado funcionamiento del mecanismo del mercado. Los empresarios relativamente pequeños eran lo característico de todas las ramas de la economía, bien o mal seguían con bastante obediencia las órdenes de los precios que caían o subían, el capital podía ser retirado de manera relativamente fácil de un sector sobrecargado y trasladado a otro más rentable. Si además se añade (lo que Salter hace en otro lugar) que generalmente el dinero y el crédito funcionan de modo bastante fiable, que en ultramar había grandes mercados abiertos y que las sorpresas en la política de comercio exterior eran infrecuentes, se tiene un esbozo a grandes rasgos

de las condiciones bajo las que la economía (aunque con las “pérdidas por fricción” más graves que nunca se han contabilizado) siempre encontraba su equilibrio.

De estas premisas solo quedan escombros y cuando hablamos de “cambios de estructura” buscamos expresar que, con el cambio de los “datos”, en la mayoría de las ocasiones no se trata de una manifestación pasajera de la crisis, sino de hechos irreversibles. Aquí nos referiremos a los más importantes y solo en la medida en que desempeñan un papel notable en la agudización de la crisis y en la dificultad de su superación (Pollock, 1932: 11ss.).

En primer lugar, está el desplazamiento del peso económico a las grandes firmas, las grandes empresas y los grandes conglomerados de empresas. Por más significativo que pueda ser el número de las pequeñas y medianas empresas, quien tiene la voz cantante en todas las decisiones importantes (a no ser que se introduzcan consideraciones políticas especiales) son las grandes unidades.¹³ Estas aspiran a la dominación monopólica del mercado, tienen la voluntad y el poder de resistir dentro de amplios márgenes al dictado anónimo de los precios. Con todo, no pueden dejar de seguir ese dictado sin pérdidas serias, puesto que su tamaño organizativo y técnico las vuelve poco flexibles. Conocemos el papel nefasto que desempeñan los “costes fijos” en las grandes empresas, que las obliga a eliminar para sí el mecanismo de competitividad por todos los medios imaginables posibles dentro y, si es posible, fuera de las fronteras del país. El único medio político-económico a disposición del liberalismo, el “tornillo de la tasa descuento” [*Diskontschraube*], es impotente frente al juego de ganancias y pérdidas. A través de esa resistencia se agudizan significativamente las desproporcionalidades que habrán de surgir de un modo u otro. En la misma dirección actúa el poder de los directores de los *trust* y los cárteles para determinar la utilización de grandes masas de capital¹⁴ propio y ajeno, con todas las consecuencias de inversiones fallidas o como mínimo ampliaciones excesivas de capacidad. De esta manera, además, el mecanismo de la competencia entra en completo desorden debido a que las grandes empresas no solo pueden decidir sobre la política económica, sino también estar aseguradas por la ayuda financiera del Estado en cualquier situación crítica. De esta forma se impide el restablecimiento de las proporcionalidades que han sufrido perturbaciones, función prin-

¹³ Entendemos por tales tanto la gran empresa individual como las asociaciones, cárteles y consorcios que actúan como una unidad; hasta hoy también, con determinadas limitaciones, los sindicatos.

¹⁴ Es un fenómeno conocido que, por regla general, la disponibilidad de oferta de crédito del sector financiero crece más rápido que la solvencia del prestatario para pagar las deudas a medida que aumenta el capital propio de este.

capital de la crisis económica, la depresión económica dura más tiempo y se multiplican sus devastaciones. El tamaño creciente y la estabilidad del capital fijo necesario para una empresa vuelven cada vez más difíciles los requeridos movimientos de capital de un sector económico a otro, así como la incorporación de nuevo capital. Pero sucede que la regulación automática del equilibrio económico se basaba en esas transferencias de capital, que era regulado por la rentabilidad relativa de cada sector económico particular.

El desarrollo de la técnica moderna, aparte de su conexión con la tendencia a la concentración real, también debe ser tenido en cuenta como uno de los cambios estructurales más perturbadores. Desde la Revolución Industrial, las conquistas de la técnica han asombrado a cada generación. Sin embargo, desde la guerra, como consecuencia de la conformación científica de los métodos de producción y de los medios puestos a disposición por las grandes empresas para la racionalización sistemática que las atraviesa completamente, ese desarrollo alcanza una velocidad que superó hace tiempo el mecanismo de mercado del cual surgió. La producción en masa, con una escasa presencia humana y un incremento del capital, aumenta su importancia y, con ello, el peligro de sobreproducción persistente y de desempleo “estructural”. Sube la parte de la producción que corresponde a los medios de producción en la producción total, y esto vuelve por su parte al conjunto del sistema más vulnerable a la crisis (cf. Mills, 1932: 533). En último lugar, la máquina se ha apoderado de la agricultura y ha introducido en ella transformaciones solo comparables a las conmociones causadas por la sustitución del telar manual por el mecánico. Esto significa que una parte hasta ahora relativamente menos vulnerable a la crisis, que durante la depresión podía tener un efecto mitigador de esta, tendrá que soportar a partir de ahora todo su impacto.

Otra transformación estructural decisiva es la quiebra aparentemente definitiva del monopolio de Europa y de los Estados Unidos en el suministro mundial de productos industriales. Se repite con ello, a una escala mucho mayor, un proceso descrito hace cincuenta años del modo siguiente:

“La teoría del libre comercio tenía como fundamento una hipótesis: que Inglaterra debía llegar a ser el único gran centro industrial de un mundo agrícola, y los hechos han desmentido completamente esta hipótesis. Las condiciones de la industria moderna, la energía a vapor y la maquinaria, pueden ser producidas allí donde exista combustible, a saber, carbón, y otros países además de Inglaterra tienen carbón: Francia, Bélgica, Alemania, América, incluso Rusia. Y los ha-

bitantes de esos países no veían ninguna ventaja en ser reducidos a las condiciones de los irlandeses solo para mayor gloria y riqueza de los capitalistas ingleses. Comenzaron a fabricar, no solo para sí mismos, sino también para el resto del mundo, y la consecuencia es que el monopolio de la industria que Inglaterra había poseído durante casi un siglo se ha quebrado definitivamente.” (Engels, 1892: 646).

Si en lugar de energía a vapor o carbón, ponemos electricidad y en el lugar de los países europeos, los asiáticos, obtenemos una buena imagen de lo que está sucediendo en el mercado mundial. Productos textiles, relojes y otros artículos de primera necesidad japoneses y tejidos indios barren a la competencia europea en los mercados asiáticos y sudamericanos, zapatos de goma malayos, bombillas y zapatos japoneses penetran asimismo en Europa, a pesar de la elevada barrera arancelaria. Mientras la capacidad productiva europea y americana de artículos de masas ha aumentado de manera gigantesca, los antiguos compradores amenazan al mismo tiempo con convertirse en competidores muy peligrosos. La salida que hasta ahora ofrecían en tiempos de crisis la exportación de capitales y la apertura de nuevos mercados se ha vuelto con ello más difícil. Las perturbaciones de la división internacional del trabajo son al mismo tiempo consecuencia y causa de un proteccionismo creciente, que además experimenta continuamente nuevos impulsos procedentes de la necesidad que tienen las grandes empresas de asegurar la ampliación de los mercados para sus ventas del modo más duradero posible.

Sin embargo, con todo esto solo se ha aludido a una parte de las transformaciones irreversibles. Un estudio específico mostraría que también se han introducido transformaciones profundas en otros numerosos ámbitos: en el sistema de crédito, en los métodos de venta de mercancías, en la composición y en la variabilidad de las necesidades de las masas, en el movimiento de la población (para mencionar al menos algunos). Junto con las explicaciones precedentes, estas transformaciones vuelven comprensible por qué el mecanismo económico liberal, que surgió sobre la base de otras condiciones y funcionó relativamente bien, no está hoy a la altura de las tareas que debe cumplir. Todos los indicios apuntan a que sería un esfuerzo vano restablecer los presupuestos técnicos, económicos y psico-sociales de una economía de libre mercado. Las transformaciones estructurales aquí mostradas solo de modo sumario tienen como efecto una intensificación de la sensibilidad del conjunto del sistema a la crisis. En el futuro no solo habrá que contar con crisis cada

vez más severas, sino también, debido a la aceleración de los procesos de producción decisivos¹⁵ en el ciclo económico, con una sucesión más rápida de estas.

IV

Se han hecho innumerables propuestas para la superación de la crisis económica. Hay una variada escala de proyectos que va desde las advertencias de los liberales ortodoxos de que la única salvación está en el *laissez-faire* integral en todas las áreas de actividad económica y que se debe confiar en las probadas fuerzas del sistema para curarse a sí mismo, hasta la exigencia de reforma y reconstrucción radical mediante la planificación económica.¹⁶ Expondremos aquí brevemente algunas de las medidas de política económica cuya aplicación es previsible, o que al menos son posibles de inmediato sin intervenciones demasiado duras, y consideraremos en los párrafos siguientes los medios en principio utilizables para la superación de la crisis en el presente.

Tras cuatro años de inimaginable devastación, la “autocuración” ha avanzado tanto que no parece una tarea insuperable completar al menos la “limpieza” mediante una serie de intervenciones y crear así las condiciones necesarias para una recuperación significativa. Esto incluye, sobre todo, una revisión a fondo de la relación acreedor-deudor, especialmente en las deudas agrícolas y políticas, que desde hace algún tiempo se encuentra en proceso de cambio en y entre los Estados más importantes.¹⁷ También es absolutamente necesario organizar el sistema monetario y, en conexión con ello, la atención al equilibrio presupuestario de cada Estado. Esto solo puede lograrse a través de un gobierno fuerte que deje a un lado sin miramientos los intereses secundarios. Un tipo de gobierno como este es necesario además para distribuir los impuestos y sostener los salarios en un nivel tal que la rentabilidad de la actividad económica no se vea amenazada, al menos por ese lado. Tam-

¹⁵ La tendencia a la disminución de las personas implicadas en el proceso económico, combinada con la rentabilidad creciente del modo de producción moderno y la mayor durabilidad de los productos de masas tienen como consecuencia que el límite relativo de saturación es alcanzado mucho más rápidamente en cada caso. Automóviles, seda artificial y radio, pero también muchos de los artículos más baratos de las cadenas comerciales son ejemplos típicos. Cf. también D. H. Robertson en Clausing, 1933: 240 y ss.

¹⁶ Una exposición sistemática de los tipos principales en Colm, 1933.

¹⁷ El medio más drástico de devaluación de la deuda, aparte de la anulación abierta, la inflación, se está utilizando actualmente (octubre de 1933) en los Estados Unidos de todas las formas indirectas posibles. La cancelación parcial sin declaración de quiebra se llevó a cabo en relación con las medidas de ayuda al Este en Alemania.

bién son necesarios determinados acuerdos internacionales para eliminar una parte de los obstáculos a la recuperación. El fracaso de la Conferencia Económica Mundial de Londres no prueba nada en contra de la posibilidad de tales acuerdos. En cualquier caso ahí se habían puesto metas muy elevadas y se olvidó que los tiempos del libre comercio han pasado definitivamente y que, en razón de la diversidad de las condiciones de producción, los acuerdos sobre sus limitaciones (a excepción de algunas materias primas) tendrían que imponer sacrificios insoportables justamente de los más fuertes.¹⁸ Además, el momento escogido no podía ser menos favorable, ya que no cabía contar con una colaboración activa de EEUU mientras no se haya dominado en alguna medida la situación extremadamente amenazadora en el propio país. En un momento posterior, cuando en los países más importantes haya concluido el “ajuste interno” y las ventajas del *dumping* de moneda extranjera se conviertan en su contrario en razón de su uso generalizado, un acuerdo internacional sobre la estabilización de la tasa de cambio puede ser de interés para todos los Estados. También son concebibles otros acuerdos internacionales para facilitar el comercio exterior, pero es de prever, por motivos que todavía deberemos explicar, que serán contraídos solo para determinados grupos de Estados. Con la restauración de la estabilidad monetaria, que debería ir acompañada por un retorno de la confianza si se cumplen las condiciones mencionadas más arriba, carece de sentido dejar incontables miles de millones de capital líquido ociosos en oro o préstamos a corto plazo. La “plétora” del capital monetario, desde hace tiempo conocida como el síntoma más visible de que la crisis ha pasado a ser una depresión, se manifestará finalmente también en una caída de los tipos de interés de los préstamos a largo plazo y de las inversiones de todo tipo con el regreso de la predisposición de los capitalistas a realizar nuevas inversiones. En razón de las sobrecapacidades –en ningún caso eliminadas por la crisis– en todas las ramas económicas, la colocación de esos capitales en busca de inversiones en los principales países industrializados tropezará inicialmente con dificultades.¹⁹ Pero aquí se abre el amplio campo del

¹⁸ Las fuertes divergencias de intereses ya existentes se agudizan significativamente si consideramos la industria de la guerra (a la que hay que sumar progresivamente todas las grandes ramas de la producción, incluida la agricultura), en donde cada gran Estado desea mantener una máxima capacidad productiva.

¹⁹ El alto nivel técnico del aparato productivo hace improbable que la introducción de nuevos métodos de producción intensivos en capital desempeñe un papel significativo en las antiguas industrias, como lo hizo en la superación de crisis anteriores.

acceso intensivo a partes enteras del mundo. África y Asia²⁰ todavía son capaces de absorber enormes sumas de capital, la política de la “*valorisation des colonies*” puede servir como fundamento de una extraordinaria ampliación del mercado. Cabe facilitar significativamente el proceso si se asegura la garantía estatal a los préstamos y suministros de mercancías. Habitualmente se subestima la capacidad que tienen esos países para la absorción de nuevos capitales. Es sabido que, en China, fuera de los pocos centros comerciales, falta casi todo. En África (donde amplias regiones se han vuelto accesibles gracias al combate exitoso contra la enfermedad del sueño) la construcción sistemática de carreteras, ferrocarriles y centrales eléctricas puede dar a esa parte de la tierra un aspecto diferente. Incluso la India, un país colonizado hace ya tiempo, ofrece un espacio enorme para inversiones y con ello un mercado adicional para medios de producción y consumo.²¹ En el proceso de adaptación del consumo al aparato productivo ya existente a través de la apertura de nuevos mercados, la completa inclusión de la producción agraria en el sistema capitalista puede desempeñar un papel relevante. En un primer momento la revolución técnica agudizó considerablemente la crisis en la agricultura. Pero con el tiempo, la consecuente caída de los costes puede manifestarse en una fuerza de compra mayor, especialmente para productos con valor añadido y mercancías industriales. Por otro lado, las economías campesinas, protegidas en muchos países por la intervención estatal contra las “pérdidas por fricción” de una adaptación a circunstancias modificadas, se verán forzadas finalmente a adecuarse a un modo de producción racional, calculable y capaz de hacer uso de todos los medios técnicos aplicables. Este proceso, que tiende a una superación de la diferencia de las condiciones de vida entre la ciudad y el campo, está hoy en sus comienzos. Su imposición significa una considerable expansión del mercado tanto para la industria de los medios de producción como (más tarde) para la industria de los medios de consumo.

Ahora bien, con la ejecución de las medidas de ajuste y la posibilidad así obtenida de apertura de nuevos mercados no ha sucedido todo lo necesario para la supe-

²⁰ También la Unión Soviética. Francia y EEUU parecen decididos a sacar provecho de esa posibilidad.

²¹ “La mayoría de las 5.000 aldeas aún no han sido enlazadas por carreteras asfaltadas o ferrocarriles; las oficinas de correos están a muchos kilómetros de distancia, y las oficinas de telégrafos aún más distantes unas de otras. Excepto en el noroeste, todo el país depende del monzón, y todas las operaciones agrícolas importantes están determinadas y programadas por este fenómeno. A menos que se disponga de riego permanente, las condiciones climáticas limitan las operaciones agrícolas a unos pocos meses del año” (Indian Statutory Commission, 1930: 16). Cf. también Royal Commission on Agriculture in India, 1928.

ración de una crisis grave. Según experiencias anteriores, para ello es preciso una “chispa inicial”, como fue el caso, por ejemplo, del descubrimiento de nuevos yacimientos de oro en 1848 o de la marcha triunfal de la electricidad a finales de siglo. Se discute qué podría cumplir hoy la función de esa “chispa inicial”: el encargo de grandes obras públicas (Alemania, Francia), el aumento de los precios por medio de políticas monetarias y de crédito para liberar los mercados de los *stocks* que presionan sobre los precios, la elevación de los salarios (la vieja exigencia de los sindicatos) o una combinación de esas y otras medidas (el programa de Roosevelt). El hecho de que se crea que no se debe esperar como antes a una chispa inicial “fortuita”, sino que por todos lados se considera necesario superar la depresión con intervenciones “artificiales”, es una expresión de los graves peligros y las condiciones sistémicas modificadas. Después de que se hayan eliminado buena parte de los premisas del funcionamiento del mecanismo de mercado, son necesarias intervenciones especiales para superar las situaciones críticas, pero también para que todo el sistema se vuelva menos sensible a las perturbaciones. Esto incluye las numerosas intervenciones del Estado en todos los ámbitos de la actividad económica, especialmente el fomento de todas las fusiones económicas (algo que Roosevelt reconoció correctamente) y una política de crédito orientada a la política cíclica que no se arredre ante el control de las inversiones (Keynes, Salter). Sin embargo, la política de comercio exterior desempeña un papel decisivo y trascendental en este contexto. En efecto, últimamente se pregunta cada vez con más frecuencia si, a la vista de los peligros que entrañan las relaciones comerciales exteriores para todos los países, es en absoluto deseable restablecer el mercado mundial disfuncional. El partido de los autárquicos ha ganado hace poco tiempo un aliado tan inesperado como J. M. Keynes.²² “Que los bienes se produzcan en la patria”, explica, “siempre que sea práctico y razonable, y principalmente, que las finanzas sean fundamentalmente nacionales”. El aislamiento económico serviría hoy mejor a la paz que su contrario. La autosuficiencia nacional tendrá sus costes, pero habría buenas razones para permitirse ese lujo. Además, el desarrollo técnico ha llegado a tal punto que los modernos productos de masas pueden fabricarse en casi todos los países y climas con un éxito similar (79ss.). Esto no significa que se deba cultivar algodón y vid en Inglaterra, pero tampoco que deban comprarse en el “extranjero”. La consecuencia lógica de esta postura es ante todo un autarquismo imperialista, que tiene como

²² En un artículo publicado primero en *Nation* de Londres y después en alemán en el Anuario de Schmoller (Keynes, 1933).

objetivo la creación de un imperio lo más independiente posible del extranjero. Estas líneas de pensamiento hace tiempo que salieron del estadio de reflexiones académicas. Al mismo tiempo que disminuye el comercio mundial, se hacen visibles los contornos de los bloques económicos supranacionales, que podrían reservar un gran mercado para sus socios y garantizar un grado relativamente alto de autosuficiencia.²³

En cualquier caso, resulta problemático cuánto tiempo durará una economía “estimulada” de esta manera. En el fondo, con todas estas medidas no se cambia nada sustancial en los focos de perturbación, al contrario, algunos pasan a ser todavía más peligrosos en virtud de esas intervenciones. Por ejemplo, cada elevación artificial de los precios conduce en relativamente poco tiempo a una enorme sobreproducción, ninguna de las medidas previstas asegura el mantenimiento de las proporcionalidades necesarias, la industrialización de las colonias hace surgir en un futuro próximo competidores nuevos y peligrosos y la división del mundo en bloques económicos conduce necesariamente a la defensa armada frente a aquellos que quedaron atrás en la distribución.²⁴

Ahora bien, las medidas aquí esbozadas están lejos de agotar las posibilidades del sistema capitalista para adaptarse a condiciones transformadas. De lo que se trata ahora es únicamente de encontrar caminos para salir de la crisis *actual*. Para un pronóstico de mayor alcance se requiere una reflexión fundamental sobre los medios de que dispone el sistema capitalista para acabar con sus tensiones internas.

V

Una de las características decisivas de la situación social contemporánea es el hecho de que el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción

²³ Podría pensarse como tales bloques económicos, sobre los que ya existen más que meros esbozos, las siguientes combinaciones:

1. El Imperio Británico con la inclusión de Escandinavia y partes de Sudamérica,
2. Francia y sus colonias, incluidos una parte de la región del Danubio, de los Estados de la frontera oriental y probablemente con determinados privilegios en la política comercial en la Unión Soviética,
3. EEUU con la inclusión de partes de Sudamérica y China,
4. La Unión Soviética.

²⁴ Todavía no es evidente, por ejemplo, dónde pueden encontrar conexión Alemania y Japón en las combinaciones arriba indicadas. Es imaginable que aquí se repita la situación de 1914 en condiciones esencialmente menos favorables.

se ha vuelto más intenso de lo que había sido hasta ahora. Las fuerzas de todo tipo que podrían ponerse al servicio de la satisfacción de las necesidades humanas no habían chocado nunca antes tan intensamente con los límites que les marca la naturaleza de las relaciones entre los seres humanos vinculados por la división del trabajo. *Cualitativamente* este proceso no presenta novedad alguna: la larga serie de crisis económicas es una manifestación de que, con mayores o menores distancias, la forma económica actual se ha mostrado incapaz de poner todas las fuerzas desarrolladas por ella misma al servicio de la provisión de los bienes necesitados por todos los miembros de la sociedad. Con todo, la imagen ofrecida hoy se diferencia *cuantitativamente* de los anteriores procesos “normales” de ajuste. Es una manifestación de que en todos los ámbitos de la economía las fuerzas productivas sacuden las ataduras de las relaciones de producción con un ímpetu hasta ahora desconocido, especialmente en la medida en que esas relaciones están encarnadas por determinadas relaciones de propiedad.

De esta situación surge una serie de posibilidades. La más próxima lógicamente es la ruptura de las barreras por una presión que se ha vuelto demasiado fuerte. Todos los signos parecen indicar que este desarrollo no es de esperar por ahora. Por el contrario, ante nuestros ojos tiene lugar claramente un proceso de ajuste, y de manera doble: a través de una violenta disminución de las fuerzas productivas, como también a través de una ampliación de los límites en los que se encuentran atrapadas. El primer camino, por motivos de concisión y evocando la leyenda griega, podríamos llamarlo “método de Procasto”. Se trata de procedimientos muy virulentos y ligados a las más cuantiosas pérdidas de todo tipo, que solo se pueden explicar por el hecho de que el sistema económico vigente se encuentra en una lucha sin cuartel contra las fuerzas productivas, que se han vuelto extraordinariamente poderosas. La otra posibilidad es el debilitamiento de las cadenas, una cierta adaptación especialmente de las relaciones de propiedad a las circunstancias modificadas. Ambos métodos tienen en común que dejan intactos los fundamentos del sistema capitalista. Ambos solo se dejan separar estrictamente en el pensamiento, puesto que muchas medidas tienen, de forma inmediata o en sus consecuencias, rasgos tanto de uno como de otro. Impresionados por los fenómenos de la crisis económica mundial, numerosos expertos han explicado en reiteradas ocasiones el hecho de que la satisfacción de las necesidades humanas se podría hoy garantizar de manera incomparablemente mejor si las fuerzas productivas ya presentes pudiesen desarrollarse libremente bajo las condiciones adecuadas. De ese gran coro for-

mado por quienes comparten dicha opinión damos la palabra a tres voces especialmente insistentes:

“Somos, si pudiéramos enfrentarnos a nuestro destino, la más afortunada de las generaciones de seres humanos. En el período de una sola vida, la ciencia nos ha dado más poder sobre la naturaleza y ha ampliado el campo de visión de la mente exploradora que en toda la historia registrada. Ahora, y sólo ahora, nuestros recursos materiales, el conocimiento técnico y la habilidad industrial, son suficientes para proporcionar a cada ser humano de la población mundial el confort físico, el ocio adecuado y el acceso a todo lo que él tiene la cualidad personal de disfrutar en nuestra rica herencia de civilización.” (Salter, 1932: 302).

“Hay una trágica ironía en nuestra situación económica actual. No hemos llegado a nuestro estado actual por ninguna calamidad natural... Tenemos una superabundancia de materias primas, de equipos para la fabricación de estos materiales en los bienes que necesitamos, y el transporte y las instalaciones comerciales para ponerlos a disposición de todos los que los necesitan.” (Roosevelt, 1933: 45).

“Sólo ahora, por primera vez en la historia de la humanidad, podemos hablar de una vida opulenta liberada del trabajo pesado para toda la comunidad como una posibilidad para la que los medios son visibles y están a nuestro servicio y mando inmediatos. Esa posibilidad sólo ha estado a la vista y al alcance de la mano a medida que la ciencia ha ido desvelando, una tras otra, las cámaras del tesoro de la naturaleza, hasta ahora ocultas, dándonos entrada al conocimiento de nuevos recursos en poder y materiales, y en dispositivos para utilizarlos al máximo al servicio de las necesidades humanas.” (Henderson, 1931: 61).

El gran mérito de los tecnócratas es haber dirigido la atención general a las actuales posibilidades técnicas. Se ha criticado con razón los sensacionales efectos colaterales de su aparición, la generalización inadmisibles de los métodos de producción más avanzados o posiblemente sólo “en fase de anteproyecto” (Chase) y los errores de cálculo en casos particulares. En la medida en que remiten a la brecha entre lo técnicamente posible hoy y lo que es puesto al servicio de la humanidad, los tecnócratas tienen razón. A su manera protestan como representantes de las fuerzas productivas contra el aprisionamiento por el “sistema de precios”. Los ejemplos del ascenso vertiginoso de la productividad del trabajo humano aducidos por los tecnócratas son tan conocidos, que sobra repetirlos aquí. Se solapan con los resultados de la experiencia cotidiana y las cifras de las estadísticas de producción. La

posibilidad de un abastecimiento mejor en un tiempo de trabajo menor podría significar el comienzo de una serie que, pasando por una formación y organización más intensiva de los miembros de la sociedad y por una racionalización posibilitada por ellas del proceso económico en su conjunto, conduzca a un abastecimiento de bienes y a una elevación de las energías sociales que habría sido considerado una utopía hace unas pocas décadas.

El hecho de que, a pesar de esta riqueza potencial y sin precedentes a tal escala, la humanidad amenaza con volverse cada vez más pobre, es una paradoja sobre la que un sinnúmero de legos y expertos han pronunciado muchos discursos enardecidos y escrito una literatura inabarcable. La visión comúnmente más defendida en la ciencia especializada y entre los hombres de Estado con responsabilidades afirma que:

“La crisis económica que hoy oprime al mundo empresarial es la más estúpida y gratuita de la historia. Todas las circunstancias esenciales –salvo la sabiduría financiera– favorecen una época de prosperidad y bienestar... Pero la incapacidad de ajustar el vehículo a la carga, y los medios de pago a las necesidades, ha provocado una crisis, de modo que muchos se mueren de hambre en un mundo de abundancia, mientras todos están oprimidos por una sensación de depresión y de incapacidad para hacer frente a la situación. *La explicación de esta anomalía es que la maquinaria para manejar y distribuir el producto del trabajo ha resultado completamente inadecuada.*”²⁵

Con todo, el problema reside precisamente en el hecho de que la permanencia del sistema de distribución por detrás del desarrollo de las posibilidades de producción no es una contingencia, ni un descuido, sino que se halla condicionado por un interés superior: encerrar todos los sucesos económicos y sociales en aquellos límites que garanticen el sostenimiento de los fundamentos del actual orden social. Como no existe una armonía preestablecida entre el crecimiento de las fuerzas técnicas y organizativas, por un lado, y las necesidades de dominación y de valorización del capital, por otro, sino al contrario, entran una y otra vez en conflicto, no se trata por tanto de la tarea técnica de llevar el aparato de distribución al mismo nivel que la producción o de una “distribución funcionalmente adecuada” de la renta, sino del problema, solo comprensible a partir de la situación social en toda su amplitud, de la adecuación de las fuerzas productivas a las relaciones de producción.

²⁵ De un discurso de Lord D’Abernons, citado por Henderson, 1931: 60. Cursiva nuestra.

El método de Procusto, a saber, la destrucción o contención de las fuerzas productivas, es aplicado en todas las crisis hasta ahora. Hoy es preciso emplear medios de una violencia hasta ahora desconocida, en correspondencia con el tamaño de las fuerzas que deben ser domeñadas. La historia de la economía no conoce ningún periodo en el que materias primas de todo tipo hayan tenido que ser destruidas planificadamente en esas dimensiones y que se haya alabado el no uso de una parte de las posibilidades existentes de producción como la mayor de las virtudes económicas, una virtud recompensada por el Estado con dinero líquido. El lector de los grandes periódicos solo puede hacerse una idea muy insuficiente de las dimensiones de estas medidas.²⁶ Cada vez resulta más evidente el desperdicio, por años de inactividad, de la fuerza de trabajo de una gran parte de los trabajadores mejor cualificados del mundo, lo que representa una aniquilación de las fuerzas productivas en una dimensión mucho mayor que la paralización de las fábricas o el desguace de las máquinas. Se han realizado diferentes intentos de calcular los daños causados a la humanidad por el “método del ajuste”.²⁷

En cualquier caso, se eleva a una suma de valor increíblemente grande. El crítico de la organización económica actual debe remitirse a ella si quiere explicar el carácter desmedidamente costoso del sistema y no a la cantidad esencialmente menor apropiada por los “capitalistas”.

²⁶ Tampoco es posible obtener datos concretos en la prensa especializada, salvo en algunas ocasiones. Sobre la destrucción del café en Brasil, por ejemplo, *The Commercial and Financial Chronicle* del 1 de julio de 1933 relata que el gobierno ordenó destruir en dos años más de 16 millones de sacos de café (la cosecha anual estimada, en 1933, es de 26 millones de sacos); en ese año se pagaron 30 milréis por cada saco destruido, el año anterior incluso algo más. Sobre los primeros resultados de las medidas del gobierno americano para la restricción de la producción de algodón, en Condliffe, 1933: 339, se encuentra la información de que las gratificaciones pagadas por el Estado dieron lugar a que 11 millones de acres de plantación de algodón quedasen arados o sin cultivo. La revista americana arriba mencionada informa en el mismo número sobre las gratificaciones para las cosechas de tabaco apenas parciales en los EEUU, y el 8 de julio, sobre el sacrificio de 225.000 ovejas en Chile, de las que solo se puede aprovechar el sebo, y el 12 de agosto de 1933, informa sobre las medidas para la descongestión del mercado de la carne de cerdo, de la que una parte se usará para elaborar jabón o comida para animales. Sobre Dinamarca se informa de que este año se sacrificarán e incinerarán una gran cantidad de vacas, de las que una parte será usada como comida para cerdos. Cf. sobre estas cuestiones también John Strachey, 1932: 89 y ss.

²⁷ Uno de los más originales procede de Abbati, quien calculó para 1930 (!) una capacidad de producción no aprovechada (“unclaimed wealth”) de 15 billones de dólares de oro y una pérdida de los productores de 18,5 billones de dólares de oro. Sin embargo, sus métodos de cálculos son todavía más sugestivos que sólidos desde el punto de vista teórico (Abbati, 1932). W. Woytinsky estimó hace poco que los costes de la crisis hasta final de 1933 podían ascender a los 22 billones de dólares oro, esto es, aproximadamente tanto como los costes de la Primera Guerra Mundial.

“La mayor parte de los problemas no son los beneficios que obtiene el cazador de fortunas, sino *el despilfarro y el desajuste que genera al intentar obtenerlos*. Por cada éxito hay decenas de fracasos, y la mayoría de los fracasos son responsables de al menos tantos trastornos como los éxitos. En una economía de la abundancia, debidamente organizada, probablemente podríamos soportar la sangría de poder adquisitivo causada por los aprovechados y los propietarios ausentes. Lo que ningún sistema puede soportar indefinidamente es el continuo roer sus elementos vitales por parte de los que intentan enriquecerse... Si quitáramos todos los ingresos a los ricos y los distribuyéramos al resto de la población, el nivel de vida se incrementaría, según el profesor Bowley, sólo un diez por ciento. Pero si pudiéramos eliminar los bandazos de los que intentan enriquecerse, podríamos abolir la pobreza y duplicar el nivel de vida prácticamente de la noche a la mañana.” (Chase, 1932: 21ss.).

La objeción de que se trataría sólo de manifestaciones de la crisis confirma lo que quiere cuestionar: que la economía capitalista destruye gran parte de la riqueza disponible con el fin de conservarse a sí misma. Una ilustración alarmante de la destrucción de valor lo da la espiral, cada vez más estrecha, que representa el volumen de negocios mensual en el comercio mundial desde enero de 1929.²⁸ En el primer semestre de 1933 el valor de las transacciones del comercio mundial había descendido un 34,5 % en relación al primer semestre de 1929. Si bien el montante de las transacciones (que, en cualquier caso, tiene un significado bastante problemático en cuanto índice) “sólo” había descendido un 27% (en 1932), la contracción de transacciones de valor da una idea de las dimensiones de la devastación sucedida en pocos años a escala mundial en los países vinculados por la división del trabajo.

Más arriba mostramos qué fuerzas empujan al círculo vicioso de un proteccionismo cada vez más desaforado. En este punto hay que subrayar que se trata de una renuncia consciente a los métodos de producción óptimos en interés de determinados grupos. Es obvio que en un Estado mundial sin clases y sin fronteras sería técnicamente posible y deseable una división internacional del trabajo, como fue imaginada por la economía nacional clásica. La prioridad concedida al sostenimiento de las relaciones de propiedad dominantes, la protección económica y militar del capital invertido obliga al empleo del método de Procusto y con ello a la reducción de los costes de la vida de la mayor parte de la humanidad a un nivel que nin-

²⁸ En la publicación de la Sociedad de Naciones *Situation économique mondiale 1932/1933*, Concliffé, 1933: 8. Las cifras se encuentran en las páginas 230 y ss. y 352.

gún Malthus podría justificar por la escasez de la naturaleza. En consecuencia, la liberación de la humanidad de la preocupación por el pan diario es estigmatizada como “objetivo materialista” y se predica un evangelio de la vida austera. Esta alabanza de la pobreza siempre entra en escena allí donde se reivindica conscientemente una renuncia a los mejores medios de producción con el fin de conjurar el peligro que amenaza al capital invertido a causa de las revoluciones técnicas.²⁹

Este tipo de reflexiones se unen con otras medidas con raíces distintas que se dirigen contra el desarrollo de una “fuerza productiva superior”, la clase trabajadora. La elevación cultural de la clase trabajadora, promovida y favorecida hasta cierto grado por el desarrollo técnico, conduce a una creciente organización y al mismo tiempo a un potencial organizativo de la misma. Esto, junto con la considerable y técnicamente posible disminución del tiempo de trabajo, crea una de las condiciones para la nueva organización de la sociedad. Un grado más elevado de habilidades y saber técnico en muchas áreas de la economía y la administración, la disciplina y la conciencia de la responsabilidad tienden en los países avanzados a volverse cualidades evidentes tanto del trabajador medio como del saber transmitido en la *Volkschule*.^{*} Hoy, fuerzas poderosas actúan para bloquear ese desarrollo. Ofreciendo a las masas el evangelio de la vida dura y al mismo tiempo rebajando a un mínimo la formación escolar y el derecho a la autogestión y la propia organización, se puede obstaculizar en su desarrollo o incluso destruir uno de los presupuestos más importantes para una organización planificada de la vida social sobre la base de una economía conscientemente dirigida.³⁰

La lucha por domeñar las fuerzas productivas no tiene lugar en todos los ámbitos en las formas dramáticas de la terrible destrucción, visible para todos. Esporádicamente esta lucha se oculta detrás de medidas que aparentemente nada tienen que ver con esos objetivos, como es el caso cuando se mantienen métodos de producción anticuados y poco racionales en comparación con el estado de la técnica, por ejemplo, la agricultura en suelos inadecuados o la pequeña empresa en muchas partes de la producción y el comercio con la ayuda de medidas especiales de pro-

²⁹ “Algunas autoridades creen que el viejo sistema puede tambalearse mediante la estabilización sobre una base de baja producción, bajo nivel de vida y bajos ingresos. Ya se están escribiendo artículos en las revistas de negocios en el sentido de que la producción en masa ha sido exagerada. Volver a la frugalidad del siglo XIX, al trabajo duro y al ahorro” (Chase, 1933: 28).

^{*} Denominación de la enseñanza escolar básica obligatoria de ocho años en la Alemania de la época. (Nota del trad.)

³⁰ Hay algunas tendencias contrarias como, por ejemplo, la capacidad de tarificación por los sindicatos, garantizada por los “codes” rooseveltianos.

tección, y se obstaculizan o suprimen mediante actos administrativos explotaciones posiblemente más eficaces desde el punto de vista técnico.³¹ Se trata aquí también de la renuncia consciente a la productividad óptima en beneficio de la conservación de un estrato social que constituye el mejor respaldo para el orden vigente.

Hasta cierto punto³², el método de Procusto debe incluir también las medidas de las asociaciones económicas monopolísticas o análogas a ellas que restringen la producción para mantener los precios altos. Bajo ciertas circunstancias, no solo pueden ocasionar daños a través de la perturbación del mecanismo de los precios (por ejemplo, a través del conocido mantenimiento elevado de los precios “fijos” durante la crisis), sino también impiden cualitativa y cuantitativamente el suministro de bienes técnicamente posible en beneficio de intereses de grupos. A causa de la imbricación de todos los estadios de producción, el daño así provocado puede ser mucho mayor de lo observable en principio, y puede sobrepasar ostensiblemente las eventuales ventajas para la economía. Entre los remotos efectos nocivos de la política monopolística figura el uso de las ganancias debidas al monopolio para nuevas inversiones, que se revelan como inversiones fallidas, y las funestas perturbaciones económicas y políticas a causa de la lucha de las organizaciones monopolísticas por los consumidores internos y, sobre todo, por el choque de las potencias económicas agrupadas en trust y cárteles, protegidas por el Estado en el mercado mundial. Por último, a este contexto pertenece también la necesidad, cada vez mayor, causada por la creciente confrontación de intereses económicos, del conflicto bélico, con sus inimaginables devastaciones. Para la represión del enemigo interior y para la lucha contra el exterior es preciso producir un aparato de guerra que requiera para sí una parte creciente del producto social y que en su mayor parte se sustraiga al abastecimiento de las personas. De ello forma parte no solo la fabricación de armas, sino también la preparación de grandes reservas de producción y el mantenimiento de numerosas producciones “nacionales” (por ejemplo, autoabastecimiento de cereales a cualquier precio, a lo que sería mejor renunciar desde el punto de vista de una configuración económica “racional”). La carrera de armamentos, producida por las confrontaciones económicas y por la inseguridad asociada a ellas, agudiza esas confrontaciones y la inseguridad general, y además hace imposible cualquier distribución razonable del trabajo y el capital. Es muy cues-

³¹ Esto incluye la lucha contra los grandes almacenes y las cadenas de tiendas en Alemania y Suiza, así como la mayoría de las otras medidas para proteger a las clases medias urbanas y rurales.

³² Sobre el positivo carácter adaptativo de estas regulaciones, cf. más abajo, pág. 560s.

tionable que los intentos de creación de áreas cerradas y relativamente autárquicas puedan introducir cambios significativos en este círculo vicioso. En el final provisional de estos procesos se trazan las líneas generales de nuevas guerras, que vistas hoy desde el punto de vista político-económico, no son otra cosa que la continuación por otros medios de los métodos de “ajuste” violento.

A la concepción defendida aquí se le objeta que el “método de Procusto” es un proceso ajeno al sistema; aunque sea cierto que en el sistema de competitividad tienen lugar dolorosas pérdidas por fricción, se trata solamente de manifestaciones del crecimiento que suceden según una necesidad natural. Frente a estos intentos de presentar los hechos como ajenos al sistema o como males inevitables, hay que decir que la virulenta represión de las fuerzas productivas es propia del sistema capitalista desde sus comienzos. Su eficacia significó siempre una destrucción bárbara de bienes y a menudo de vidas humanas, puede que haya sido inevitable en las fases tempranas para el establecimiento de un nuevo equilibrio sobre una base superior. Pero hoy ha adquirido otro carácter en un doble sentido: precisa alcanzar una expansión inimaginable para las generaciones pasadas y solo se puede explicar por la virulencia de la contraposición entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Además, su uso no implica ya hoy una necesidad inevitable, sino la expresión de que, en la elección entre el mantenimiento de las relaciones vigentes y caducas de producción y una mejor satisfacción de las necesidades humanas, la decisión se ha tomado en beneficio del orden existente.³³

VI

Un signo de la fuerza de las tensiones que surgen hoy en el interior del sistema capitalista es el hecho de que en los últimos años las intervenciones en las relaciones de producción destinadas a su adaptación a las fuerzas productivas han asumido una extensión anteriormente impensable en tiempos de paz. Como en otras áreas, también aquí el capitalismo ha demostrado una fuerza de resistencia y una capacidad de adaptación insospechadas. Por más que puedan manifestarse en las formas más variadas, cabe agrupar estos procesos de ajuste bajo un denominador común: significan una restricción más o menos profunda del poder de disposición del pro-

³³ Cabe ofrecer algunos ejemplos de que esa elección se ha hecho de manera consciente. Por regla general, la decisión de dejar que “el interés propio prevalezca sobre el bien común” puede evitarse si no se admite la posibilidad de una transformación fructífera de las relaciones de producción.

pietario particular de los medios de producción para determinar independientemente el modo y la dirección de su actividad económica. En beneficio de las grandes unidades empresariales o del mismo Estado, se abandonan en gran medida los derechos fundamentales de la constitución económica liberal. A estas restricciones corresponde una pretensión, no jurídica, pero sí fáctica, de obtener subsidio estatal en situaciones difíciles, como mínimo para los grandes sujetos económicos.

Ya antes de la guerra estaba relativamente bien desarrollada la separación entre la propiedad del capital y la actividad (empresarial) de disposición en sociedades de accionistas y organizaciones de orden superior para la financiación por medio de títulos de valores. Esta centralización del “control” en una mano sin la posibilidad fáctica de objeción de los propietarios ampliamente dispersos ha asumido en los últimos tiempos unas dimensiones enormes (cf. Berle y Means, 1932³⁴). Es evidente que existe un importante debilitamiento de las ataduras creadas originariamente por la institución de la propiedad privada. Cabe interpretar en el mismo sentido la facilidad de financiación ofrecida a las grandes corporaciones, ya sea por la autofinanciación o por la especial solvencia deducida del tamaño de la empresa (en ocasiones injustamente).³⁵

Las intervenciones en los privilegios de los propietarios privados como en el “*corporate system*”, también están presentes en los trust y en los cárteles.³⁶ La unificación de la política de producción y de precios de todo un ramo económico y las posibilidades de supresión de empresas atrasadas y de impedir inversiones erróneas en razón de un conocimiento más preciso de la capacidad productiva vigente, pueden conducir a un uso de las fuerzas productivas existentes relativamente racional y no afectado por las especulaciones erróneas de los propietarios del capital. En cualquier caso, hasta ahora se trata predominantemente de una posibilidad teórica. En la práctica la mayoría de las organizaciones monopolísticas no disponen ni de la flexibilidad requerida de la política de precios ni ha mostrado una planificación necesaria y de amplia visión en sus inversiones.

El incremento acelerado de la intervención del Estado en la vida económica conlleva modificaciones aún más drásticas. El Estado ya realizó servicios de partero

³⁴ Reseñado en *Zeitschrift für Sozialforschung*, II: 317 y ss.

³⁵ Al mismo tiempo, es preciso subrayar de nuevo aquí para todos los demás fenómenos adaptativos tratados en este contexto que las mismas medidas tienen a menudo efectos destructivos. Por ejemplo, la autofinanciación o la adquisición fácil de crédito conduce a menudo a pésimos errores de inversión.

³⁶ En los EEUU, hasta la legislación NIRA (*National Industrial Recovery Act*, de 1933), estaban obligados a servirse de este “*corporate system*”.

en los comienzos del capitalismo, después se le dejó a un lado y hoy, ante dificultades crecientes, acude en su ayuda.

Para nosotros no se trata de describir las distintas formas y áreas de las intervenciones estatales, sino de los casos más importantes en los que tiene lugar una modificación de las relaciones de producción por la intervención del Estado.

Esas intervenciones en la libertad de contrato postulada por el liberalismo, cada vez más numerosas, pueden considerarse las formas más débiles de estos intentos de ajuste. Estas intervenciones experimentan una intensificación significativa cuando las fusiones económicas, hasta ahora voluntarias, son promovidas por medidas estatales o, como ha sucedido últimamente con mayor asiduidad, se han realizado a la fuerza (Italia, Alemania, los *codes* de Roosevelt). Un paso siguiente es la estatización de empresas concretas o de todo un sector económico, como, por ejemplo, los transportes, en donde es evidente la ineficacia económica de la competitividad. Incluso cuando se conserva la forma de sociedades comerciales (por ejemplo, *Deutsche Reichsbahn A. G.*, *Dresdener Bank*, *British Broadcasting Corp.*, etc.), la actividad de estas empresas no se determina exclusivamente por el punto de vista de la rentabilidad. Mientras que las intervenciones estatales mencionadas hasta aquí también desempeñaban un cierto papel anteriormente, las medidas político-económicas conscientes, en la intensidad y diversidad observables hoy, conforman un nuevo estadio de intervenciones “de capitalismo de Estado”. Son un síntoma de que el “automatismo” hasta ahora existente puede ser sustituido parcialmente, si bien solo con un éxito problemático, por nuevos métodos, sin que ello afecte a la estructura fundamental del orden vigente.

Los numerosos planes para las intervenciones político-económicas a través de diferentes medidas de política monetaria o de crédito o a través de la creación estatal de empleo han encontrado en la política de “NIRA” de Roosevelt la aplicación más radical que ha conocido el capitalismo hasta ahora. Los *principios* de la iniciativa empresarial y de la aspiración al beneficio privado siguen vigentes, pero se les ha trazado fuertes limitaciones. Las prescripciones legales y la presión de la opinión pública deben confluír para forzar en los sujetos económicos aquel comportamiento que el dictador plebiscitario considera necesario para la “*recovery*”. Los medios empleados son conocidos. En nuestro contexto interesan la organización de empresarios y trabajadores, la fijación de los precios y salarios mínimos, los intentos de reordenar de la relación entre acreedores y deudores, así como de todo el sistema bancario, las medidas para la regulación de una parte de la producción de materias

primas y el programa para las obras públicas. Todas estas intervenciones afectan a las relaciones de propiedad de modo mucho más fuerte de lo que había sido posible hasta ahora en EEUU. Aún hoy no se puede predecir con seguridad hasta dónde puede llevar esta política más allá de éxitos parciales. El hecho de que se base en una teoría equivocada del poder adquisitivo, de que sus intervenciones solo curen principalmente los síntomas y de que probablemente contribuyan a exacerbar las desproporcionalidades existentes y a crear otras nuevas, todo ello hace dudar de que este experimento vaya a sacar a Estados Unidos de la crisis. Con ello no se pretende afirmar que todos los nuevos métodos empleados van a revelarse inútiles. Antes bien, todo habla a favor de que estas y otras intervenciones más fuertes serán necesarias en el futuro.

Este tipo de intervenciones a gran escala tienen lugar por todos lados en la política de comercio exterior. A partir del proteccionismo puesto en práctica anteriormente se ha desarrollado un control del comercio exterior más o menos completo, que tiende a una dirección estatal de este. Lautman, en su excelente libro sobre la política del comercio exterior, ha señalado con razón que el desarrollo en la gestión del comercio exterior no puede detenerse, sino que avanza fuertemente y con necesidad interna hacia una gestión unificada del conjunto de la economía (Lautman, 1933).

Si esta gestión tiene lugar a través de una central estatal, esto significa que se ha alcanzado el punto extremo al que puede llegar la modificación de las relaciones de producción sin superar los fundamentos del sistema capitalista. Con todo, persisten dudas considerables sobre si una economía planificada capitalista semejante es posible. Inicialmente solo significaría que los grupos capitalistas más poderosos que dominan el Estado dictarán al resto las condiciones de su actividad económica. Esto debe conducir, en una economía planificada consecuente, al cese de cualquier actividad empresarial independiente y a su sustitución por las disposiciones de la central de planificación. Esta tendría que ocuparse de la supresión de las oscilaciones cíclicas en el sentido de una regulación uniforme del crecimiento. Cada vez se reconoce más que con una política monetaria y crediticia meramente cuantitativa no se puede alcanzar la estabilización económica.³⁷ Esto conduce a la necesidad de un conocimiento completo del conjunto de los procesos económicos y a una regulación pormenorizada, por lo menos de las inversiones y con ello de la mayor parte

³⁷ Cf. sobre esta cuestión el reciente y muy vivo debate sobre el dinero "neutral", cuyo último estadio es expuesto por W. Egle (1933).

de la producción.³⁸ Una regulación total semejante, que sería en buena medida posible técnicamente con los medios hoy disponibles, es cualitativamente algo totalmente diferente de las intervenciones parciales practicadas hasta ahora. Dicha regulación presupone que los grupos más poderosos lleguen a un acuerdo sobre una política de planificación económica en beneficio del interés general capitalista, una política que debe afectar fuertemente a los intereses lucrativos de algunos de estos grupos. Una central de planificación semejante (el “cártel general” en una forma algo modificada³⁹) tendría que tomar por su cuenta las decisiones sobre el bienestar y los padecimientos del resto de los sujetos económicos, los propietarios de capital y los trabajadores, en la medida en que estos no participen de manera determinante en la formación de su voluntad.

Sigue siendo una pregunta abierta si algún día se llegará a una modificación tal de las relaciones de producción sobre base capitalista, incluso solo a escala nacional; ciertas tendencias en ese sentido se hacen visibles y son apoyadas seriamente por una parte de la burocracia estatal, así como por los desempleados candidatos a nuevos puestos administrativos. Pero también encuentran grandes resistencias en su camino. Las más importantes son los choques de intereses en el interior de los grupos más fuertes y la inseguridad sobre la posibilidad de resolver las nuevas tareas técnicas en general.⁴⁰ Si las dificultades del sistema capitalista continuaran agravándose, cabe suponer que estos obstáculos serían superados en interés de la salvación del sistema –incluso bajo conflictos durísimos. Una remodelación semejante de los métodos económicos está necesariamente acompañada por una modificación total de la organización política de la sociedad. Los acontecimientos de los últimos años han mostrado los rasgos de las formas políticas que se corresponden con el capitalismo monopolista.

Permanece en el aire la pregunta de si una economía planificada semejante podrá garantizar a largo plazo los fundamentos del sistema, la propiedad privada y su valorización. Inicialmente su actividad reguladora podría hacer más eficiente y racional una parte de las fuerzas productivas, podría destruir metódicamente su parte

³⁸ Al respecto suponemos de entrada que la regulación del consumo es posible con los medios de la política de precios.

³⁹ Cf. la reciente crítica de John Strachey (1932: 246 y ss. Cf. también la reseña en *Zeitschrift für Sozialforschung*, II, 1933: 456.

⁴⁰ Al considerar las posibilidades de control de masas que entretanto se han hecho visibles, ya no podemos considerar una de las objeciones más importantes la opinión que manifestamos anteriormente, a saber, que la degradación de la posesión de capital a un mero título de renta convertiría en inaceptable una economía planificada capitalista.

no valorizable en el sistema.⁴¹ Si, a pesar de ello, surgieran nuevas y grandes dificultades económicas y sociales (y esto es más probable que su contrario), entonces se habría alcanzado el punto en el que las relaciones de producción, transformadas de nuevo en cadenas, ya no modificables, no resistirán la presión de las fuerzas productivas.

VII⁴²

El análisis de las causas de la crisis, las indicaciones de los medios especiales aplicables para superar la crisis mundial actual y las consideraciones fundamentales sobre los métodos posibles de la superación de tensiones peligrosas entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, conducen a la conclusión de que es falso predecir el final necesario del capitalismo en un futuro cercano. La perdurabilidad de un sistema económico y social no depende solo de sus medios “técnicos” para afrontar las tareas económicas, sino también de la fuerza de resistencia de aquellas capas sociales que deben asumir las cargas del orden vigente. Esta fuerza de resistencia, como enseña la experiencia, ha sido muy sobreestimada en el pasado, el peso modificado de la clase trabajadora en el proceso económico, los enormes cambios en la tecnología armamentística y el extraordinario perfeccionamiento de la dominación psicológica de las masas hacen que en los próximos tiempos solo parezca posible una resistencia semejante como consecuencia de las más graves catástrofes.

Lo que llega a su final no es el capitalismo, sino solo su fase liberal. Desde el punto de vista económico, político y cultural, en el futuro habrá cada vez menos libertad para la mayoría de la humanidad. Es imposible predecir con certeza hasta qué punto los crecientes lazos en el ámbito económico conseguirán eliminar las “crisis”. Hasta ahora no se ha demostrado que el ímpetu de valorización del capital se reduzca a través de su concentración en grandes unidades. Esa valorización tampoco será garantizada por el control de las ventas nacionales. Por lo tanto, cabe esperar que las fuerzas destructivas, que se mantienen alejadas del territorio dominado al excluir la competitividad mediante la política de cárteles y la regulación des-

⁴¹ Esto ya muestra que en dicho orden no se utilizan, ni mucho menos, todas las fuerzas para la satisfacción de las necesidades, que podrían hacerse útiles para este fin en una economía orientada a ello.

⁴² El espacio no nos permite ni una fundamentación más aproximada de los siguientes pronósticos ni su ilustración con el material abundantemente disponible. Por tanto, deben tomarse como hipótesis de trabajo.

piadada del comercio exterior, se enfrenten con mayor violencia en el territorio disputado.⁴³ Aunque estas colisiones mantienen vivo continuamente el peligro de guerra, presente también por otras causas, sería falso presuponer de cara al futuro próximo que, en intervalos cortos, vayan a suceder complicaciones bélicas de máximas dimensiones. El mundo está lejos todavía de hallarse completamente industrializado, todavía los acuerdos internacionales pueden crear un equilibrio de intereses duradero en el tiempo, todavía hay posibilidades de restablecer las proporcionalidades necesarias en un nivel cada vez más elevado, todavía se puede forzar a las rebeldes fuerzas productivas a mantenerse en el marco dado a través del método de Procasto y todavía no se ha aprovechado del todo el resto de factores de elasticidad hasta sus límites extremos. Sólo a largo plazo parece esperar al sistema vigente una situación económica sin salida. Con todo, hay muchos indicios de que en un futuro cercano los vaivenes económicos se volverán muy virulentos, los períodos de prosperidad serán cortos y las depresiones, largas y profundas. Pero una política económica consecuente, que no tema realizar las intervenciones requeridas, traerá alivios esenciales a determinados países.

De los estratos sociales, un grupo cada vez más pequeño de señores feudales económicos y sus más altos funcionarios será el verdadero beneficiario del orden capitalista.

“Dos tercios de la industria americana están concentrados en unos pocos cientos de corporaciones, y en realidad son administrados por no más de cinco mil hombres... Menos de tres docenas de entidades bancarias privadas, y adjuntos de venta de acciones en los bancos comerciales, han dirigido el flujo de capital dentro y fuera del país. El poder económico está concentrado en pocas manos. Una gran parte de nuestra población trabajadora no tiene ninguna posibilidad de ganarse la vida si no es por la gracia de esta maquinaria económica concentrada.” (Roosevelt, 1933: 233s.).

Las clases medias independientes, junto con el proletariado, tendrán que soportar el peso de las crisis y de la política económica. A pesar de todas las medidas de subsidio tomadas por los poderes dominantes a partir de las consideraciones más elementales sobre la supervivencia, solo una parte cada vez menor podrá conservar su independencia económica. Los otros encontrarán acogida en el inflado aparato

⁴³ A eso se añade la lucha de los monopolios por los consumidores en el interior de las fronteras del país.

estatal o se hundirán en el proletariado.⁴⁴ El supuesto “renacimiento” de la clase media, su aparición aparentemente independiente con la pretensión de una participación determinante en el poder del Estado, es probablemente un fenómeno de transición que solo perdurará hasta que haya concluido la nueva organización del aparato de poder del Estado sobre bases dictatoriales. Ya hoy, una gran parte de las pretensiones de la clase media solo se satisface de forma imaginaria en lugar de en términos económicos reales.

Fuerzas poderosas actúan para expulsar a los trabajadores manuales e intelectuales de la posición económica clave que habían tenido hasta ahora y volverlos políticamente impotentes. La aplicación sistemática de todas las herramientas técnicas en el taller y la oficina, el impulso hacia modos de producción capitalista más intensos, la tendencia manifiesta a un espacio de trabajo vacío o, al menos, con pocos individuos, conducen a un desempleo “estructural” de numerosas “manos” y cabezas y, al mismo tiempo, a una gran diferenciación entre los empleados. Estos se ordenan, por un lado, en un grupo con una rápida tendencia a la disminución de fuerzas altamente calificadas para la construcción e inspección de los medios de producción, así como los relativamente escasos métodos de producción, para los que será necesaria fuerza de trabajo calificada, y, por otro, en la masa de los semicualificados o simplemente no cualificados que –a semejanza de determinadas mercancías– son “fungibles”, es decir, pueden ser sustituidos fácilmente por cualquiera de los que integran el ejército de los desempleados. Los salarios de la nueva “aristocracia obrera”, por razones técnicas y políticas, serán bastante elevados, pero ninguna política sindical podrá elevar los sueldos de los no cualificados por encima del mínimo existencial. Es de suponer que la creciente dificultad para la valorización del capital no permitirá una aplicación de la política de salarios elevados ventajosa solo para una parte del capital. La masa de los trabajadores es impotente contra esta presión, ya que el arma de la huelga ha perdido su fuerza y no se acepta una representación política independiente de sus intereses. Una resistencia violenta apenas tiene perspectivas de éxito a causa del estado de la técnica armamentística.

⁴⁴ La juventud formada procedente de la clase media constituye uno de los campos de reclutamiento más importantes para el aparato de poder del Estado. En este contexto, es instructivo que, en Japón, en 1933, de los 55.000 estudiantes que terminaron sus exámenes, más de 30.000 ingenieros, técnicos, médicos, etc. no pudieron encontrar trabajo. De los 21.000 licenciados en empresariales, sólo 9.000 obtuvieron puestos fijos. Datos tomados de periódicos japoneses, impresos en “Lu” (6 de oct. de 1933).

Pero también se romperá la voluntad de lucha de las grandes masas tanto a través de los métodos modernos de la dominación de las mismas como de la tendencia hacia una especie de funcionarización que ya hoy se perfila claramente. El empleo relativamente regular se convertirá cada vez más en un privilegio que, al igual que el estatus de funcionario, debe adquirirse no sólo con un rendimiento laboral impecable, sino también con una actitud que inspire “confianza”. Quien no se muestre como alguien “de fiar” o intente una resistencia activa contra el orden vigente se encuentra amenazado no solo con la pérdida del puesto de trabajo, sino también con la privación de todo apoyo, es decir, con su ruina y la de toda su familia. La destrucción de la fuerza de resistencia de la clase trabajadora se completará con esa diferenciación entre aquellos desempleados que pueden contar con ser empleados de nuevo y los “elementos no confiables”, a los que se negará este privilegio temporal o permanentemente.

Entre las características del gobierno bajo el que se realiza todo este proceso figura su dependencia exclusiva de los grupos sociales más poderosos y la independencia respecto de todos los demás. De ahí que las medidas estatales necesarias puedan decidirse y ejecutarse relativamente sin grandes conflictos. El parlamentarismo no era apropiado para estos fines, pues correspondía a una concentración menos avanzada del poder económico. Como consecuencia de la liberación respecto de las condiciones del parlamentarismo y la disposición sobre el conjunto del aparato de dominación psicológica de masas, los gobiernos apropiados a esta época parecen ser independientes de las clases sociales y estar imparcialmente por encima de la sociedad. Un análisis sociológico de la nueva forma de Estado es una tarea que todavía habrá que realizar; los problemas económicos que hemos expuesto más arriba constituyen la clave de su comprensión.

Traducción del alemán: Daniel Barreto

REFERENCIAS

- ABBATI, A. H. (1932): *Economic Lessons of 1929-31: The First Eleven Bulletins of the Unclaimed Wealth Utilisation Committee of Geneva*, Londres: P. S. King.
- BERLE, Adolf A. y Gardiner C. MEANS (1932): *The Modern Corporation and Private Property*, Nueva York: Macmillan.
- CHASE, Stuart (1932), *A New Deal*, Nueva York: Macmillan.

- CHASE, Stuart (1933): *Technocracy, an interpretation*. Nueva York: The John Day Company.
- CLAUSING, Gustav (ed.) (1933): *Der Stand und die nächste Zukunft der Konjunkturforschung*. Festschrift für Arthur Spiethoff, con un pról. de J. Schumpeter, Múnich: Duncker & Humblot.
- COLE, G. D. H. (1932): *British Trade and Industry, Past and Future*, Londres: Macmillan.
- COLM, Gerhard (1933): "Die Krisensituation der kapitalistischen Wirtschaft", *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, julio, 385-406.
- CONDLIFFE, John Bell [Société des Nations] (1933): *Situation économique mondiale 1932/33*. Ginebra: Secrétariat de la Société des Nations.
- DOBRETSBERGER, Josef (1932): *Freie oder gebundene Wirtschaft*. Múnich/Leipzig: Duncker & Humblot. EGLE, Walter (1933): *Das neutrale Geld*. Jena: Fischer.
- ENGELS, Friedrich (1892): "Vorwort zur deutschen Ausgabe von 1892 der „Lage der arbeitenden Klasse in England“, en *Marx-Engels-Werke*, Berlín: Dietz 1962, 632-650.
- HANSEN, Alvin Harvey (1932): *Economic Stabilization in an Unbalanced World*, Nueva York: Harcourt, Brace & Co.
- HENDERSON, Fred (1931): *The Economic Consequences of Power Production*, Londres: George Alien and Unwin, Ltd.
- INDIAN STATUTORY COMMISSION (1930): *Report of the Indian Statutory Commission*, vol. I-Survey, Londres: Majesty's Stationery Office.
- INSTITUT FÜR KONJUNKTURFORSCHUNG (1928-1937): *Vierteljahrshefte für Konjunkturforschung*, Berlin: Reimar Hobbing.
- INSTITUT FÜR WELTWIRTSCHAFT UND SEEVERKEHR [Universität Kiel] (1932), *Der deutsche Außenhandel unter der Einwirkung weltwirtschaftlicher Strukturwandlungen*, 2 vol., Berlín: E. S. Mittler & Sohn.
- INTERNATIONALES ARBEITSAMT (1933): *Arbeitszeit und Arbeitslosigkeit. Bericht an die vorbereitende Konferenz*, Genf.
- KEYNES, John Maynard (1933): "Nationale Selbstgenügsamkeit", *Schmollers Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deutschen Reich*, vol. 57, nº II, 561-570.
- LAUTMAN, Jules (1933): *Les aspects nouveaux du protectionnisme : protectionnisme ou économie contrôlée?* Paris: Librairie des Sciences Politiques et Sociales.
- LESCURE, Jean (1932): *Des crises générales et périodiques de surproduction*, 4ª ed., Paris: L. Tenin.
- MILLS, Frederick C. (1932): *Economic Tendencies in the United States*, Nueva York: National Bureau of Economic Research. MITCHELL, Wesley Clair (1927): *Business Cycles: The Problem and its Setting*, New York: National Bureau of Economic Research.
- OHLIN, Bertil Gotthard [Société des Nations] (1931): *Le cours et les phases de la dépression économique mondiale*, Ginebra: Secrétariat de la Société des Nations.

- OHLIN, Bertil Gotthard (1932): "Ungelöste Probleme der gegenwärtigen Krisis", *Weltwirtschaftliches Archiv*, 36, 1-23.
- POLLOCK, Friedrich (1932): "Die gegenwärtige Lage des Kapitalismus und die Aussichten einer planwirtschaftlichen Neuordnung", *Zeitschrift für Sozialforschung*, I, 8-27.
- ROOSEVELT, Franklin D. (1933): *Looking Forward*, Londres: The John Day Company.
- ROSENBERG, H. (1933): "Die zoll- und handelspolitischen Auswirkungen der Weltwirtschaftskrisis von 1857-1859", *Weltwirtschaftliches Archiv*, 38, 368-383.
- ROYAL COMMISSION ON AGRICULTURE IN INDIA (1928): *Report of the Royal Commission on Agriculture in India*, Londres: H.M. Stationery Off.
- SALTER, [James] Arthur Sir: (1932): *Recovery: the second effort*. Londres: Bell.
- SPIETHOFF, Arthur (1925): "Krisen", en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* vol. IV. Jena, 8-91.
- STRACHEY, John (1932): *The Coming Struggle for Power - An Examination Of Capitalism*, Londres: Victor Gollancz.
- WIRTH, Max (1883): *Geschichte der Handelskrisen*, 3ª ed., Fráncfort del Meno: J.D. Sauerländer's Verlag.
- WAGEMANN, Ernst (1931): *Struktur und Rhythmus der Weltwirtschaft*. Berlin: Reimer Hobbing.
- WÄTJEN, H. (1933): "Die Weltwirtschaftskrisis des Jahres 1857", *Weltwirtschaftliches Archiv*, 38, 356-367.